



¿REPÚBLICA *CHAVEZIANA* DE VENEZUELA?

Antonio Hermosa Andújar
(Universidad de Sevilla)

Hugo Chávez ha ganado el referéndum, presentado desde un primer momento como un plebiscito sobre su persona, acerca de la reelección indefinida de los cargos públicos con una cómoda mayoría de casi nueve puntos, el 54.36 % de los votos frente al 45.63% de la oposición. Le cumple ahora llevar adelante sus promesas y poner en marcha su ideal de renovación, para lo cual, casi en estado de trance, se ha declarado dispuesto: el pueblo ya puede hacer con su cuerpo y con su alma lo que quiera, pues a él ya no le pertenecen, ha dicho.

Se ha culminado así un proceso iniciado a finales de noviembre del pasado año -en vísperas del primer aniversario de su fallido intento por modificar la Constitución en un sentido muy similar al actual-, cuando pidió a la Asamblea Nacional de Venezuela que aprobara un proyecto de enmienda constitucional que posibilitara su reelección definitiva como presidente (posteriormente ampliado a los demás cargos públicos electos). La Asamblea se hizo eco de inmediato de la petición presidencial, y en mes y medio se la sirvió en bandeja de plata, a falta solo de la ratificación popular, que mayoritariamente llegó ayer.

No debe sorprendernos ninguno de los tres fenómenos concentrados en estos hechos; no, desde luego, la celeridad de la Asamblea en atender la petición presidencial, pues, se sabe, la Constitución de Venezuela es una maquinaria perfectamente engrasada en la que la relación de poderes se rige por el siguiente



principio (rígidamente acatado, faltaría más): *tus deseos son órdenes para mí*, ¡Oh Señor Presidente!

Tampoco que la mayoría sociológica no fallara a su *Protector*. Chávez ha hecho mucho más por los pobres que ninguno de los gobiernos anteriores, algo sin duda evidente. Y eso los pobres lo saben y lo agradecen: muchos, eternamente, por lo que siguen como una sombra la estela de quien les consideró por primera vez como *sujetos de derechos*. Se comprende que no quieran marear su conciencia con el enredo entre la lealtad y los derechos, y que la gratitud otorgue en el territorio de la misma un derecho absoluto al primer ocupante que les dio pan o casa. Pero, en la práctica, se trata de una simplicidad poco virtuosa, pues funciona según el siguiente principio: *comprados* una vez, *vendidos* para siempre. Chávez, por supuesto, también sabe eso, de modo que el *pobre como tal* es un bien a preservar por mucho tiempo.

Y ya puestos, cómo extrañarnos de que el aspirante a tirano a tiempo completo se haya sacado de la manga un referéndum nuevo a poco más de un año del viejo, en el que perdió. Si aquél no contó, ¿deberá contar éste? ¿Convocará Chávez el año próximo otro referéndum más para que el *pueblo* reafirme lo que acaba de confirmar? ¿O cuando se pierde es un hecho políticamente *irrelevante* y cuando se gana es algo *definitivo*? Esta *original* copia del nacionalismo irredento, que utiliza una y otra vez la misma burda fórmula en los países democráticos en los que carece de Estado *propio*, muestra una vez más cuánto vale para un autócrata todo lo que ha dicho o hecho hasta el presente. Todo se valora en función del objetivo final, y si los pasos dados hasta aquí ya no valen, se desandan: en todo o en parte. Porque ése es el principio de la conducta tiránica: *el fin justifica los medios*.

¿Cuál es ese objetivo? Transformar a Venezuela en una sociedad socialista del siglo XXI. ¿Y cuál el medio? Que *Yo, el Supremo Chávez*, gobierne hasta



“2019, 2029, 2039, 2049”, *amén*. Y yo (o sea, yo, no *él*), embargado por tanto número, me pregunto, ¿y por qué no hasta 2149, 2249, 2549, 2999, etc.? ¿Qué lo impide? Insto a Chávez a que convoque ahora mismo, antes del almuerzo si es posible, un nuevo referéndum en el que la pregunta sea más o menos ésta: ¿Aprueba Vd., Oh Pueblo Venezolano –se entiende que el *pueblo-pueblo*, no los del *no-*, la *inmortalidad* del nuevo *bolívar* –o sin rodeos: Cristo- *resurrectus*? Si a tal fin requiere recurrir a la compra directa de votos y prometer a otra de sus pobres que, si dice *sí*, su hija tendrá su propio hogar; ir de casa en casa, lista electoral en mano, a *recordar* a esos pobres ingratos lo mucho que ha hecho por ellos, cargarlos en camionetas para llevarlos a los colegios electorales, y demás acciones que bordean la legalidad por ambos lados, no se reprima: seguro que la experiencia acumulada lo hace todo más llevadero. Fíjense qué fácil, y ya tenemos al Presidente inmortal. Ya podría gobernar *siempre*, razón por la cual estamos en condiciones de pedirle al neófito dios que convoque un segundo referéndum urgente, en el cual se le pregunte al pueblo-pueblo si, ya que está *Él* gobernando *in aeterno*, para qué quiere aquél ser convocado nuevamente. ¡Otro sí más y a descansar de una vez por todas del voto, que ya es hora!

Uno también puede preguntarse ante tan *loable* objetivo de socializar Venezuela y convertirla para siempre en *espejo de príncipes* y envidia de todos: ¿cuál es el vínculo de *necesidad* entre el proyecto y Chávez? Cosa tan grande y magnífica, vive dios, ¿debe *por fuerza de cosas* estar en mano de *una* sola persona? ¿Pone él en marcha la máquina de las maravillas y no produce ninguna en la gente que se sube al carro? Es verdad que el *Führer* ya se ha ido encargando de eliminar toda posible competencia entre los suyos, ¿pero no habrá nadie a lo largo del *milenio* socialista que pueda sustituirlo? Y por último: ¿cabe confiar en un proyecto social, en una “Revolución”, cuya gestión se encomienda exclusivamente a un único individuo, el Líder Máximo?



¿Y cómo será esa luminosa Venezuela socialista, un *novum* completo o ciertos fenómenos ocurridos durante ésta su etapa transitoria pueden ser considerados indicios? ¿Tendrá algo que ver con la nueva sociedad que tras 10 años de gobierno haya mejorado en parte la condición de muchos pobres sin que haya disminuido su número? ¿Que el agua, la luz y la leche sean bienes de lujo para algunos sectores de la población, al tiempo que se amasan fortunas al calor de las prebendas personales concedidas por el gobierno? ¿Que la violencia deje un rastro de 13.000 muertos en las calles en un año para una población de 17 millones de habitantes, todo ello ante la complaciente mirada de las instituciones? ¿Que la nacionalización de ciertas empresas no haya aumentado su productividad, pero sí desactivado sindicatos y discriminado a trabajadores desafectos al régimen? ¿Que la inflación esté entre las más altas del continente, pero que sea aún muy baja a tenor de lo que se le prefigura? ¿Que el presidente haya modificado su jugueteo constitucional, hecho a medida, cuando le haya convenido? ¿Que se haya adueñado, al punto de convertirlo en un cachorrillo suyo que mueve orgulloso la colita en cuanto le ordena algo, del Poder Judicial, siendo a día de hoy el Tribunal Supremo la instancia oficial del arbitrio? ¿Que haya expulsado al presidente de la ONG *Human Rights Watch* tras haber presentado un informe crítico con la política gubernamental sobre derechos humanos? ¿Que dé muestras inagotables de su megalomanía, la última declarando festivo el día de su elección? ¿Que se ampare en su insaciable locuacidad para desarmar el sentido de las palabras? Etc., etc.

Con el socialismo, ¿es eso parte de lo que nos espera o parte de lo que no se volverá a hacer? ¿Más de lo mismo o una reforma de las artes de gobernar a incluir en el marco de la revolución social? En el primer caso, igual con lo que hay, hay ya bastante. En el segundo, ¿qué cabe esperar del *medio* propugnado para obtener dicho fin? ¿La reelección indefinida del actual presidente va a paliar las flagrantes injusticias del vitalicio presidente actual? ¿Eternizarse en el poder es la condición



de posibilidad de su propia auto-reforma? ¿Poseer más poder y menos control, será el modo de atajar sus abusos? Hasta ahora, la historia prueba que ni el propio dios -de turno- es capaz de tamaño milagro.

Con todo, lo que se ha aprobado en el referéndum no ha sido eso. Realmente, resulta significativo que nadie se haya tomado en serio la pregunta en su formulación abstracta (caso de que la hayamos entendido, porque su redactor, el presidente del Parlamento, si no lo hizo apuesta requiere un regreso urgente a la escuela); significativo, mas no sorprendente, porque está claro quién es el destinatario de su contenido. Que no lo haya hecho el interesado es normal, dado que cree que la historia *futura* conspira a su favor; con todo, pese a la generalizada complacencia, prefiero excluirme de los que son cómplices de su delirio.

Ahora bien, dar por descontado que porque Chávez *pueda* en el futuro a sucesivas reelecciones lo *vaya* a hacer y, sobre todo, que *vaya* a *ganar*, es jugar a ser profeta, un oficio que no me va. Sobre todo porque ello supone olvidar que un tercio de la población no votó, y en absoluto cabe predecir que lo seguirá haciendo, y que no pueda votar con la oposición si lo hace; que en el propio chavismo las fuerzas menguan, por cuanto los 6 millones raspando de votos obtenidos son más de un millón menos de los 7 millones largos que en una ocasión llegó a alcanzar; que en ese chavismo hay fisuras, y que sus huestes de pobres no dan su *plácet* a la *boliburguesía* forjada en su interior a fuerza de privilegios; que la crisis recortará los ingresos del gobierno, y con menos prebendas por repartir las amistades políticas tienen fecha de caducidad.

Y, ante todo, supone olvidarse de que la oposición, que suma casi la mitad de los votos, es una criatura organizable y que se debe organizar si quiere mantener su promesa de que Venezuela le importa. Si desde posiciones ventajistas, utilizando sin pudor los recursos del Estado, y con amenazas que han cristalizado en episodios de violencia, la oposición no ha dejado libre la arena pública para que



el tirano campee a sus anchas; y si en tales circunstancias de inferioridad manifiesta ha supuesto una competencia para el vencedor, ¿por qué negar desde ya la posibilidad de que recoja los diversos caudales de votos aludidos y llegue a ocupar las instituciones que el actual poseedor del trono pretende usurpar?

Desde luego, no hay señales de que ese fenómeno será algo inminente, pero la crisis económica, el último golpe de magia con el que el mundo se ha sorprendido a sí mismo al decir de los sesudos analistas profesionales, quizá ejerza de oráculo de más sorpresas, como la de reeditar en Venezuela el ilustrativo espectáculo señalado por Antony Beevor, a saber: “que pocas cosas revelan más sobre los dirigentes políticos y sus sistemas que el modo en que se vienen abajo”.